

# Paradoja de una vida

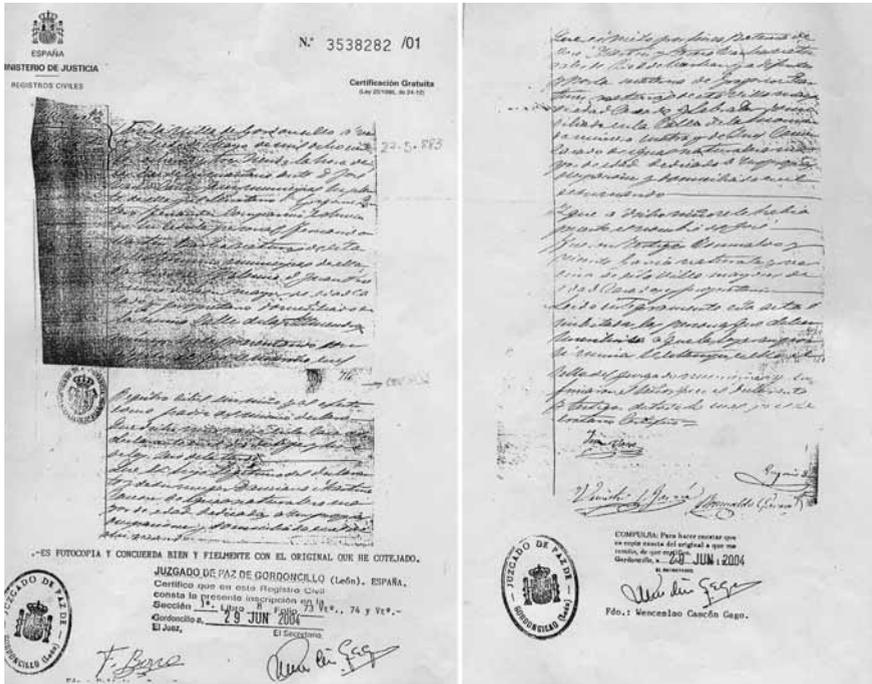
Juana Esther Contreras

Mi abuelo materno, José Martín Martínez nació en la primavera del año 1883, un día 26 de mayo, en la provincia de León, en un pueblo llamado Gordoncillo, en el Reino de España. Creció en un hogar donde las bases y los pilares estaban sustentados por valores éticos y morales fuertemente enraizados. Su padre, Fernando Martín Martínez, supo ser juez de Paz del lugar, cargos que por esos años eran otorgados a los señores con altos principios y lineamientos estrictos de una conducta ejemplar, conducta firme, transmitida desde el seno del hogar a sus hijos.

Supo mi abuelo José, sentado frente a los leños ardientes, en aquellas frías y melancólicas tardes de domingos, describir a su pueblo. Recuerdo aquella expresión suya donde se dejaba ver la vibración que nacía de su alma al pintar con palabras ese pueblo que lo vio nacer, el brillo de aquellos ojos moros y la expresión de sus manos al hablar que me indicaban cuán vivo estaba dentro suyo, ese pasaje de vida, que a mí, siendo niña, se me antojaba pensar que pertenecía a un pasado increíblemente lejano.

Me contaba que su pueblo estaba situado en el sur de la provincia de León, muy cerquita de la provincia de Valladolid y a unos 57 Kms. de su capital. Me hablaba de la plaza mayor, de la iglesia, del ayuntamiento y de aquella construcción típica de los pueblos castellanos con sus “soportales” para resguardarse de los calores tórridos que azotan esta zona en los meses de verano.

Cerraba los ojos al escuchar la descripción del lugar y sentía estar caminando de su mano por ese conjunto histórico del pueblo, conocer a sus amigos y también a las mozas castellanas que seguramente habrán llevado la mirada de este abuelo mío. De pronto aparece el recuerdo de aquel buen bacalao al ajo arriero o el conejo a la cazuela “que ni qué hablar” –me decía– todo regado con un buen caldo, acompañado con un buen vino, cultura tan arraigada en ese municipio, y de pronto, una fuerte expresión, donde recordaba aquellas patatas bravas, que su madre solía hacer.



Partida de nacimiento de José Martín Martínez.

Mucho conozco de León, de su tierra, de sus cultivos, de sus monumentos, de sus ricas, sabrosas y fuertes comidas, de aquellas sopas de ajo, de tocino frito, de las tortas de pan también fritas. Creía frente a la clara y precisa descripción que hacía de las comidas, percibir en mi imaginación, sus olores y sabores. Cuando nombraba el vino tinto una sonrisa se dibujaba en su rostro que me decía que era bueno. Se hizo mozo e inteligente, tenía muchos amigos, amigos con quienes compartió alegría y sueños; la comarca era chica, todo se sabía en ese pueblo. Como todo joven, sus sueños allí estaban y nunca pensó en dejar ese lugar.

Una noche ve llorar a su madre, su sorpresa no termina ahí, pues ella entre sollozos le cuenta que una de sus hermanas estaba embarazada de su mejor amigo, cree estar soñando, su amigo aquel de las grandes confesiones, de las parrandas, aquel amigo con quien pasó largas horas charlando, aquel a quien creyó conocerlo y sentirlo como digno y sincero, lo había lastimado en su honor de una manera cruel, manchando a su hermana y dejándola con el peso de la moral destruida, es allí cuando siente el tremendo peso de la vergüenza y sin poder superarlo toma la firme decisión de irse de Gordoncillo. Lo hace

en las peores situaciones emocionales, dejando a la familia sumergida en una infinita tristeza: “¡José se va!”, dijeron, y no hubo palabras que impidieran su partida. Fue entonces cuando contando con apenas veinte años decide venir a América, se lanza al mundo, el alejamiento del hogar produce en él, el dolor del desarraigo.

Frente a otros horizontes y en un país de tierras promisorias y de puertas abiertas llamada Argentina y amparado bajo el párrafo de nuestra Constitución que dice “...para nosotros y para nosotros y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”. Mi abuelo José comienza a trabajar sin descanso. Llegó a amar esta tierra, en ella plasmó sus sueños, pero cada vez que volvía atrás su mirada, siempre la depositaba en su pueblo y en su familia, allí en Gordoncillo.

Al llegar al puerto de Buenos Aires con ese viejo baúl donde guardaba su ropa y con el cansancio del viaje tan largo, toma la decisión de trasladarse a la ciudad de Necochea, ciudad ubicada a quinientos kilómetros de Buenos Aires, sobre el océano Atlántico. Inicia su trabajo de mozo de hotel. Con su estilo de elegante castellano atendió a los turistas que desde Buenos Aires llegaban a esa ciudad costera a veranear y allí permaneció unas temporadas. Las desigualdades sociales existentes en estas tierras, hicieron que solamente pudiera acercarse a las playas durante las horas de descanso de los visitantes, a la tarde, cuando los turistas se habían retirado a descansar, ya que los sirvientes y empleados del hotel, no podían compartir juntos esos lugares de esparcimiento, como era la playa junto a sus patrones.

Allí, en la inmensidad de las playas necochenses, caracterizadas desde siempre por su majestuosidad y la mansedumbre con que las olas se acercaban a la orilla, ve caminar a una preciosa joven, que jugando con las apacibles olas y de frente, avanza hacia él. Se miraron, se volvieron a encontrar al día siguiente y al otro y al otro, naciendo entre ellos, una cálida corriente de afecto que dio a muy poco tiempo, vida a un romance. Con el inicio de aquella unión sentimental, nacen las inseguridades de aquella francesita, que encontrándose sola en estas latitudes, lejos de aquellos maravillosos paisajes de los Pirineos franceses, donde su gente la despidió llena de temor por el alejamiento del seno familiar, hacia tan lejanos lugares. Duda volver a su tierra o acceder a los sueños, promesas y propuestas de este castellano que miraba el futuro buscando en su compañía, concretar todos los sueños. Al fin y después de mucho meditar y superando aquellas dudas y atraída por el afecto mutuo ya expresado, acepta la propuesta de este joven y marchan juntos rumbo al porvenir, a ese porvenir que terminaría con lo que hoy es esta familia diseminada por estas latitudes. Muy pronto compartieron la vida, pero mi abuelo no se conformó con servir en ese hotel. Fue entonces, cuando mirando a los ojos claros de aquella bonita francesita –también inmigrante de los Pirineos franceses– que

fue mi abuela, deciden irse de la costa Atlántica y trasladarse a lo que sería el sueño hecho realidad, Balcarce. Ese sueño era trabajar la tierra y así lo hizo, con aquellos pesos guardados de su trabajo de mozo de hotel. Alquiló unas pocas hectáreas y comenzó su verdadero objetivo de vida cultivar la tierra, sembrar trigo, cosechando las espigas en fechas navideñas, cuando por el calor del verano, el trigo estaba maduro.

Hubo años difíciles, años donde las cosechas no fueron de buenos resultados, años donde las plagas atacaban los cultivos y nada había para evitarlo, ya que no existían ni plaguicidas, ni fertilizantes, todo el arduo trabajo realizado se esfumaba, pero nuevamente surgía el espíritu de lucha, retomando el entusiasmo por ese futuro tan lleno de esperanzas. La siembra de papa<sup>1</sup> era un juego de azar, las fuertes e incesantes lluvias o los largos períodos de sequía, eran determinantes en las cosechas y aquella larva que atacaba la hoja y que quitaba el sueño a todo agricultor y que no había forma de controlar. No todo fue derrota, también hubo años de grandes provechos y ahí el esfuerzo se veía compensado.

Simultáneamente iba creciendo ese ganado que al igual que los cultivos, también tuvieron su lado bueno y su lado malo; bueno por la parición de novillos y del valor del ganado en pie, bueno por el abundante pasto tierno que bendecido por las lluvias iba creciendo y alimentando al ganado, malo por la inexistencia de vacunas para prevenir enfermedades que atacaban el ganado haciendo que parte de la hacienda se perdiera y también aquel traslado de animales hacia la feria, llevados por los arrieros y donde solían los novillos caer en los zanjones y quebrarse debiendo sacrificarse al animal, malo por la exagerada especulación que se hacía en la feria con el precio del ganado en pie a un valor poco rentable. Nada hacía pensar que todos los problemas algún día pudieran evitarse, hoy la presencia en el mercado de vacunas combinadas, específicas para bacterias e inmunidad para disminuir abortos y evitar esa transmisión de enfermedades al hombre tan temida entre los ganaderos, deja en el olvido aquellos padecimientos.

Aquí en estas latitudes, mi abuelo español, clavó su lanza y crecieron sus raíces. Nacieron sus hijos sanos y fuertes. Intentó volver a España y lo hizo con toda su familia. Permaneció allí un año. Fue un año de intentos de búsquedas de soluciones para poder quedarse. Un golpe emocional fuerte, ocasionado por la muerte de uno de sus hijos pequeños al contraer una enfermedad, quita brillo a sus ojos y el deseo de quedarse comienza a esfumarse. No obstante sigue con la idea ya debilitada de instalarse definitivamente en su España; ayudado por la mala situación económica en la que esta península estaba su-

<sup>1</sup> Patata. (N.E.)

mergida, decide volver, lo hace y al regreso vuelve con su familia y también trae en la bodega de aquel barco, algunos elementos y muebles.

Pasaron los años y con sus hijos ya grandes y laboriosos, comienza a engrandecer su capital, las siembras y las cosechas, año tras año, fueron creciendo, comenzó a rotar cultivos para evitar el empobrecimiento de la tierra, dejando potreros a los que le iba llegando ganado vacuno, que con el tiempo se acrecentaba con la parición de terneros nuevos.

Se agiganta en mi mente aquella figura discreta, de cabellos blancos bien recogidos, formando en su nuca un ramillete de trenzas finas y prolijas, aquellos aros de oro, sus anteojos, su piel increíblemente blanca, sus ojos celestes grisáceos, sus zapatillas de paño y su vestimenta de colores que siempre indicaban moderación y discreción. Estoy describiendo a mi abuela Marta, la compañera incondicional de este español de fuerte carácter y corazón manso que fue mi abuelo José. Doblada sobre aquel piletón, acomodando los tarros de leche, que diariamente vendía a sus vecinos para ayudar en los gastos diarios y elevar la economía doméstica, es hoy un recuerdo plasmado en mi mente que jamás olvidaré. Con su silencioso trabajo, mi abuela fue la socia ideal de aquel hombre de clara visión. Supo también en años que no recuerdo, pero sí me contaron, vender papa y sabrosas peras recogidas de aquellos grandes perales que frente a la casa se levantaban y que fueron la gran tentación de la familia.

Mi madre y mis tías iban haciéndose mujeres de trabajo; fue entonces cuando volviendo su mirada a España y cumpliendo con aquel legado de sus antepasados de que al hijo mayor se le debería favorecer en lo económico—como se hacía en España— por ser el primogénito, le compró unas tierras a pocos kilómetros de allí y así mi tío mayor emprendió aquel privilegiado viaje a lo suyo, donde formó más tarde su familia, siguiendo sus pasos, trabajando, sembrando y cosechando. Se quedó con el resto de sus hijos y así continuó trabajando la tierra, criando animales, llevando ganado a la feria y dando a cada hijo lo que él consideraba le pertenecía, tema éste, bastante polémico entre padres e hijos.

Fue integrante de una cooperativa de agricultores en la ciudad de Balcarce, participando con sus opiniones del crecimiento de la Institución. Era considerado y respetado por todos sus pares.

En mis pensamientos aparecen aquellos amigos suyos, la portuguesa y el portugués, a los que nunca supe entender qué decían, el viejo Orofino llegar en *sulky* a visitarlo, aquel compadre suyo, el español Castro y un especial recuerdo, para aquel vecino, presencia indispensable en épocas de faenas del cerdo, llamado el italiano Echisano que en el ronroneo de su garganta, hacía mover aquellos increíbles bigotes, dejando brotar una sonrisa cómplice entre los presentes. Nunca dejó de ser español, su hidalguía de caballero de porte firme, su cuerpo erguido, su mirada vivaz, fueron sus características destacables.

Pero las historias suelen a veces repetirse. Una noche, al igual que aquella noche en España, ve llorar a mi abuela, esa francesita sumisa y temerosa de la reacción de su esposo. Le cuenta el anuncio de mi nacimiento. Mi abuelo, como es de suponer reacciona de forma vehemente, al ver repetida aquella historia que lo hizo una vez dejar lo suyo. Al poco tiempo mis padres contraen matrimonio.

Llego al mundo trayendo en una pequeña mochila, la llamada culpa de mi madre, culpa que ya comenzaba por esos años a sentirse en extinción. Imagino a mi abuelo, cuántos prejuicios debió sortear para aceptar mi llegada al mundo. Su primera nieta, repitiendo mi madre, aquella historia de su hermana, que una vez lo hizo abandonar todo lo que tanto amaba, su madre, su padre, sus hermanos, sus amigos, su España. Paradójicamente soy yo una de las nietas que lo amó y respetó, comprendiendo el pensamiento de este abuelo formado en un hogar de alineamientos rígidos.

Lo paradójico de la historia de este castellano, ha sido precisamente aquel presuroso viaje huyendo de lo que él llamó “vergüenza”, aquel acto que sólo dio paso simplemente a lo que llamamos vida, encontrando aquí la misma historia con su propia hija, aceptada y minimizada por el irrefrenable paso de la evolución social y por el vertiginoso giro que da la rueda de estos tiempos.

Crecí muy cerca de él, me llamaba “la Juana”, no lo decía despectivamente, sino marcando mi presencia, esa presencia que daba por tierra con todos los prejuicios que una vez ocuparon de manera absoluta la mente de este hombre inteligente.

Volviendo atrás la mirada, veo a mi familia reunida en Año Nuevo, donde los asados, los dorados pollos a la parrilla, criados a maíz cosechado en sus tierras, los lechones crocantes y bien condimentados, las ensaladas, los chorizos secos saborizados por mi abuela Marta y mantenidos en grasa de cerdo inmaculadamente blanca, las tortas, el concurso de pan dulce que mis tías hacían, ese piletón lleno de bebidas enfriadas con el agua fresca de la bomba, mejorada su temperatura durante los últimos años por aquellas novedosas barras de hielo que mis tíos llevaron como recurso para mejorar su temperatura; debajo del frondoso pino, testigo vivo de grandes y esperados encuentros familiares.

Siempre guardo en mi bagaje de recuerdos, la “inesperada visita”, aquel primero de año, cuando la familia estaba reunida, del gitano, supuesto novio de mi querida, adolescente y enamoradiza prima Perla, el pobrecito tuvo el privilegio de permanecer entre nosotros unos diez minutos, que la rapidez de aquel diplomático tío Ángel, lo invitó a retirarse del lugar, desapareciendo de escena ese novio no muy bien recibido por todos, esfumándose así el romance y el gitano señorón; veo la expresión sorprendida de mi abuelo con aquella frase con la que le ponía fin al tema: “¡Mira, mira a lo que se atreve esta tía!”.

Viene a mi memoria aquel bonito recuerdo que llena mi corazón de alegría y creo estar viendo a mis abuelos bailar alegremente esa jota que marcaba indudablemente la constante presencia de su tierra. No puedo olvidar el camino polvoriento que nos llevaba al campo cada vez que en época de yerra se reunía la familia alrededor de un asado y de aquellos crocantes pasteles elaborados por mi tía Angelita, ofrecidos en una canasta y envueltos en una servilleta blanca; y ese olor tan particular que daba el hierro caliente apoyado sobre los cuartos de aquellos novillos para dejar la marca con las iniciales del nombre de mi abuelo. Todo quedó plasmado en mi mente.

También hubo en esta familia un triste manto de dolor, que la tiñó de negro y la sensibilidad de toda mi gente marcó en sus corazones un sufrimiento extremo, cuando vieron con estupor la tremenda decisión de aquel tío que llamábamos “Morochó”, quien lleno de una aparente alegría, decidió terminar con su hermosa vida. Era el tío que nunca formó su propio hogar, el tío que no tuvo hijos, su hogar era toda la gran familia y sus hijos, los sobrinos. Fue el hijo manso y sumiso con su padre, a quien acompañó en todas las decisiones, aceptando la voluntad de mi abuelo. Lo recuerdo siempre y tengo para él, el mejor lugar dentro de mi corazón.

En su esencia de español de ley, el abuelo nunca perdió su nacionalidad, adoptó esta tierra como suya, pero su única tierra fue España, su provincia, León y en Gordoncillo guardó su corazón.

En el lugar donde descansan sus restos, enfrentados a unas sierras bajas, desgastadas por la erosión de las lluvias y los vientos, sierras que fueron testigo del paso de los dinosaurios por estos lugares, cuando el hombre aún no había hecho su aparición en la tierra, allí en la era terciaria, en la ciudad de Balcarce, en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, en la República Argentina, una

Balcarce, jueves  
25 de julio de 1974

NECROLOGIA. —  
**Sr. José  
Martín Martínez**

A la avanzada edad de 91 años, y luego de soportar achaques propios de la misma, dejó de existir el martes el señor José Martín Martínez.

Con su fallecimiento desaparece un antiguo vecino de la localidad, vinculado a conocidas familias y a un amplio sector del vecindario, donde la noticia de su deceso tuvo explicable repercusión.

El señor Martín Martínez había nacido en Gordoncillo, provincia de León (España), pero muy joven se trasladó a nuestro país. Establecido en Balcarce, formó su familia y se entregó al trabajo, que desplegó principalmente, y durante muchos años, en el ámbito agropecuario del partido.

Fue el extinto, sobre todo, un hombre cuya larga existencia se dignificó en su permanente consagración a los suyos, al trabajo fecundo y a la observancia de aquellas normas que regían las conductas rectas.

Por esas razones, así como por aquellas otras que emergían de su trato y de la nobleza de sus sentimientos, el señor Martín Martínez tenía conquistado un relevante concepto, así como muy merecidas consideraciones y aprecio entre cuantos le conocían.

Una elevada cantidad de vecinos y familias se hizo presente en el velatorio de sus restos, ocurriendo posteriormente lo propio con el acto del sepelio, que se llevó a cabo en la mañana de ayer, previo oficio religioso en la iglesia San José.

Necrológica de José Martín Martínez en el diario El Liberal, de la ciudad de Balcarce, publicada el 25 de julio de 1974.

cruz muestra en su relieve, el Cristo que lo acompañó a lo largo de su longeva vida y debajo, aquellas simples pero sentidas palabras “AQUÍ YACE UN CASTELLANO LEONÉS”. Sus restos guardados en un ataúd de roble y depositados en una bóveda de mármol, mandada a construir por él, donde poco a poco van llegando sus hijos, a la última morada, para compartir el eterno tiempo de la muerte, están celosamente custodiados por su gente.

Veo hoy aquella quinta, lugar que encierra mis recuerdos y heredada por mi primo Carlos, quien supo leer la sensibilidad de toda la familia, conservando aquellos cuadros que colgados en sus desgastadas paredes, nos indican que allí hubo una historia que nunca se borrará mientras un descendiente esté vivo. Esta es la historia de vida de mi abuelo José, al que quise y del que sin lugar a dudas tomé muchas actitudes de su vida que consideré valiosas para formar a mis dos hijos. Alberto y Graciela, hijos que me dieron cuatro nietos en los que se perfilan ya, aquellos lineamientos éticos y morales, transmitidos de generación en generación, habida cuenta que en la firmeza de carácter, se mantienen valores que sirven para dignificar al ser humano e ir marcando rutas, para las generaciones futuras y poder así llevar una vida que valga la pena ser vivida. El espíritu hidalgo de José Martín Martínez, cabalgará hacia España y allí tejerá invisibles hilos de unión para tener en su inmortal alma lo que sólo fue amor por todo lo suyo. Nada fue, nada pasó, todo está vivo y plasmado en mi memoria.



La sonrisa serena de mi abuelo, rodeado por todos sus nietos, me indica que su objetivo de vida ya estaba cumplido.



Haciendo de paredón de protección se muestran de pie, erguidos y sonrientes, aquellos siete hijos, sanos y laboriosos, acompañándolo el día de la celebración de los ochenta años.



Aquellas reuniones debajo de ese pino, testigo viviente, donde las charlas y la camaradería resultaba ser el gran objetivo.